

## La Universidad y la Ciencia

Imaginemos que por ensalmo resucita en este siglo XX uno de los magníficos doctores que se graduaban en Bolonia, allá por el siglo XII, en medio de pomposas ceremonias, a los que se paseaba montados en caballos enjaezados con seda y oro por las calles engalanadas, recibiendo, al pasar por entre las multitudes curiosas y vocingleras, el tributo de los artesanos e industriales, quienes de tal modo significaban la diferencia de jerarquía entre la "divina especulación" de la mente y la labor servil de la mano.

Le ponemos al corriente de nuestros adelantos prodigiosos y le decimos que ya la ciencia no es, como antaño, un pretexto para fútiles torneos, un dispensador de títulos de vanidad y de soberbia, sino un agente tan útil como el fuego: el medio, felizmente hallado, de prolongar la vida y aumentar sus delicias; lo que reproduce en mil formas lo bello; lo que da reposo al brazo y a la bestia, abrigo y alimento al cuerpo, techo, luz, color, vino, música y perfumes.

—La ciencia—le decimos—nos ha reconciliado con la materia, tolerando un sensualismo a cuyo lado es poca cosa la molicie de Sibaris. Nada de renunciadas ni ascetismos: queremos vida, salud, felicidad, reposo. Hemos hecho al Niágara cómplice de nuestros caprichos. Abandonamos al magnetismo el cuidado de orientarnos y al cosmos entero llevar cuenta de nuestro tiempo. Dentro de poco la luna moverá el molinillo de café, y los electrones y los iones, aprisionados en el telarmonio, marcarán el compás de nuestros valsos.

—Pero ¿y la verdad absoluta de las cosas—pregunta el doctor magnífico—, la habéis encontrado ya?...

—Ése fué el delirio de la mente candorosa del pasado—le respondemos—. El espacio es infinito, el tiempo eterno, la verdad inasequible. A la ciencia no le preocupa la

verdad absoluta, sino la verdad relativa de la supresión del dolor y la muerte. Ya no nos duele el renunciar siempre a la esperanza de conocer la entidad átomo, ya que la química no por eso deja de rendirnos sus maravillosos ingredientes, ni nos atrista el ignorar eternamente la esencia última y definitiva de la electricidad, si ésta en cambio mueve nuestros vehículos, alumbra nuestros hogares y transporta en sus alas invisibles nuestros mensajes. El hombre, sólo el hombre, es centro y destino de lo humano: así como para el filántropo perfecto es innecesaria la idea de Dios, el intelectual del siglo positivo no hace caso al cebo falaz de la Verdad, que nunca llega. Amar al prójimo es la religión del primero; acudir a las necesidades del hombre es la ciencia del segundo.

—Pero ¿qué circunstancia inesperada—pregunta el doctor magnífico—os ha permitido asignar ese precio nuevo a la ciencia? En mis días el pensamiento no había contraído esas alianzas fecundas con la materia, y en vez de brindar goces positivos y palpables, era sólo la fuente de un placer subjetivo.

—Pues oíd—le decimos—. Hemos descubierto la causa de la enfermedad y de la muerte. Esta no es la visitación de dioses hostiles, ni los hombres nacen con sus días contados, como lo cantó Homero. Sabemos que el aire y el sol devuelven la salud y la vida, y estamos aprendiendo a arrebatarse sus presas a la muerte. Sin filtros ni amuletos sabemos disminuir las cifras fatídicas de la estadística. Hemos aprendido, además, que el sol es el padre de la vida en el planeta; hemos analizado sus rayos y espiado su obra silenciosa en la hoja de la planta. Asimismo hemos analizado el suelo, la atmósfera, la gota de agua y la simiente, obligando así a la tierra a centuplicar sus tributos. Hasta hemos sondeado el espíritu y creado una ciencia nueva del misterioso psi-